

Martínez Campos, 18/VIII/1996

GUIA

(Publ. En GUIA, Ventanas, 4-B, el 18/VIII/1006)

## **TROPEZAR 2 VECES EN LA MISMA PIEDRA**

**Silviano Martínez Campos**

Una de las inolvidables experiencias en la memoria de quien haya sido niño campesino, debe ser sin duda la de haber podido caminar, casi a ciegas, por una vereda hasta cierto punto angosta, sinuosa, en altibajos, un poco pedregosa y prolongada, sin darse de porrazos, por lo menos no tan frecuentemente, ya fuera en noche de luna, o bajo un firmamento estrellado.

Aparte del sentido de orientación que tal vez proporcione el conocer las tretas del terreno y el hecho de no ir pensando en tropezarse, lo que a su vez tal vez despeje dudas y temores, el secreto podría estar en ir siguiendo los pasos de una burrita cargada de rastrojo.

Pero con todo y las precauciones del caso y las seguridades que da un sentido de orientación aprendido sobre la marcha –por aquello de que “caminante no hay camino, se hace camino al andar”--, no se libra uno del todo de tropiezos infantiles, aunque de todas maneras sean más duros y aleccionadores los tropezones de adultos.

Y si bien dicen que el ser humano es el único que tropieza dos veces en la misma piedra, habremos tal vez muchos que no tropezamos dos sino ciento. Pero tal vez sea una condición para madurar, el hecho de por una vez al menos tropezar.

Pero si esa piedra es la más notoria, la más relevante del camino, la fundamental, la que desecharon los constructores, en ese caso, como piedra viva, es de esperarse que no le sirva a uno de tropiezo, sino de señal, de orientación, para continuar con mayor serenidad y confianza en el camino, por más oscura que parezca la noche.

Son muchas las señales puestas en nuestros caminos ¡Oh dolor!, a veces no las percibimos sino después de muchos años de caminar las mismas veredas. Señales que nos da la naturaleza, señales que nos proporciona nuestro diario convivir, señales que nos dan los acontecimientos, señales a través de la palabra humana (cultura) o de la Palabra divina (fe).

Porque con todo respeto para nosotros los seres humanos, miembros de la familia del homo sapiens, sabemos que en los animales, o semovientes como se dice elegantemente, existen facultades no desarrolladas en uno, o sentidos afinados que en nosotros son limitados porque así somos, o mitigados por atrofias de una civilización grandiosa pero limitada.

Gatos que dejados a su suerte a millares de kilómetros vuelven a sus hogares; perros que recorren hilos (rastros) invisibles de aromas para nosotros ignoradas; aves migratorias que cruzan continentes tal vez orientándose en las estrellas; o parejas de mariposas que se detectan a kilómetros.

Mundos subacuáticos maravillosos explorados apenas a última hora de nuestros tiempos por investigadores intrépidos amantes de la aventura, del saber y amorosamente apegados a lo que de vida natural nos queda, afanosos en desentrañar el lenguaje de los pececillos.

Florestas habitadas por miríadas de multiformes insectos que de día entonan himnos compuestos de murmullos y de noche duermen seguros bajo el amparo de los grillos veladores que con su canto sintonizado a las estrellas conspiran para que el día siguiente sea más placentero.

Todas ellas señales de que aquella nueva y sonriente mañana, cuando Dios se disponía a “descansar”, vio que todo estaba bien hecho. Dijo que a descansar, perece como en realidad siempre trabaja, nos hizo una broma para que nos entretuviéramos por siglos y milenios continuando su obra, mientras El mantiene sus ocupaciones creándonos más universos.

Y aun cuando no es ocioso a la manera de algunos dioses paganos desentendidos que según los mitos dejaban al hombre a su suerte –porque por el contrario el Dios vivo está comprometido con la historia de la que es soberano--, de todas maneras nos dejó el paquetito dándonos libertad de que “si no les gustó como lo hice (el mundo), háganlo ustedes a su manera”.

Lo intentamos, lo hicimos a nuestra manera, a medio lo hemos descompuesto. Aún así, de alguna manera, porque como dicen, El siempre comienza de nuevo y ni sus pensamientos ni sus caminos son los nuestros, tenemos la garantía de que en medio de la tempestad es por siempre nuestro aliado.

Tal vez no otras sean las señales que nos dan los acontecimientos, muchos de ellos estrujantes, pero algunos más promisorios como el proceso de pacificación en Medio Oriente y el establecimiento de relaciones entre Israel y El Vaticano, acontecimiento de enorme trascendencia con el que culmina un ciclo de apasionamientos de dos mil años.

### **HAY DE TROPIEZOS A TROPIEZOS**

En son para desestimar los tropiezos individuales, desde el berrinche temprano que después determina una vida, o el berrinche adulto tras el cual se bifurcan tus caminos. La ofensa minúscula que desencadena tempestades, o el acto hostil que se recompensa con un acto igualmente hostil.

En contrapartida la mirada benévola que deshace tempestades o la palabra que siembras y de la que luego ves su fruto, pero aunque no lo veas percibes que cayó en buena tierra y es lo importante. O el vaso de agua que das gratis y después recibes la sorpresa de que a cambio se te regala un cielo.

La bendición que recibes a través de una mirada transparente, la tendida de mano cuando tropiezas o la lucecita que te alumbra, aunque sea la de una instantánea luciérnaga, cuando tropiezas en las oscuridades durante tu camino por la vida.

Pero también tropezones mayúsculos, cuando creías, junto con comunidades y grupos, que había absolutos en la historia y el “caidazo” fue mayor cuando percibiste que ciencia, tecnología, progreso, sistemas, ideologías, son buenos como medios si están al servicio del hombre, primordialmente el postrado por la pobreza o el desorientado por los estrujones de la vida; o al servicio de la trama viviente entregada (creada) sin prisa por las manos del tiempo.

### **Y DE SEÑALES A SEÑALES**

Señales dejadas como si fueran mojoneas que deslindan terrenos en los campos de tu propia vida. Las ves, las detectas pero a veces no sabes interpretar el lugar que ocuparon en tu paso por la Tierra.

Y todas juntas te confunden porque te ves tentado a pensar que si hubiera sido esto hubiera sido aquello, y si aquello, no esto, y si hubiera transitado por aquí hubiera llegado allá, y si por allá por aquí.

Y llega un momento en que percibes un cierto sentido, una cierta dirección y, si no contento, te sientes sereno de que así haya sido, como si un hilo conductor te hubiese conducido, una luciérnaga luminosa por segundos te hubiera guiado, un ángel de tu guarda hubiera interpuesto su mano amorosa para que no tropezaras o por lo menos para que tu caída fuera menos honda, a la medida de tus fuerzas.

Así en tu vida “individual” y tu vida compartida, porque al fin y al cabo es una ilusión el aislamiento.

Señales también que se nos hacen presentes en los acontecimientos del presente acelerado, en lo “interno” nacional y en lo “externo” internacional, porque mucho menos ahora, nada es totalmente interno ni nada es totalmente externo.

Convulsiones de grupos, etnias, países y enteros continentes.

Agitaciones, movimientos que desafían fronteras, encuentros de culturas y modos de vida, fertilizaciones de ideas y estilos mediante una técnica de la comunicación y acortamiento de distancias que envuelve ya la Tierra.

¿No serán estas señales de que no está lejos la unificación humana (sea la forma que se encuentre para ello) y que en esto, considerado desde el punto de vista creyente, recibimos una ayuda del Espíritu de la Tierra, que además nos quiere libres o de los ángeles de la guarda, también desde la perspectiva creyente?.

De todas maneras, estamos en tiempos de revisión de nuestros múltiples tropezones históricos. Pero en esa grandiosa labor todo se conduce en alas de la palabra milenaria de culturas y de tradiciones.

Para el creyente cristiano, los tropezones, por dolorosos que sean, nunca son definitivos. Porque si bien podemos sortear las piedras puestas por los tiempos en nuestro camino, los cimientos de nuestra casa (personal) y de nuestra casa mayor la Tierra y de nuestra casota inmensa, el Universo, están fundados sobre una Piedra viva incommovible, la piedra angular de todo el gran edificio, Jesucristo el Dios-Hombre, y por eso también nuestro Hermano.